

trasforma en cismático á este hombre docto y piadoso que dió tantas pruebas de su catolicismo en el concilio de Florencia y que no se desmintió jamás. Seguramente habrá bastado la conformidad de los nombres para que este autor, mucho mas elegante que reflexivo, confundiese á un prelado tan venerable, ya con aquel Jorge Scolario que tomó en Florencia el partido de Marcos de Éfeso, ó ya con el monge Genadio, que segun todas las apariencias no es otro que aquel y que escitó la última sublevacion de los griegos contra la union.

Como habia la costumbre de que el emperador instalase á los nuevos patriarcas, quiso Mahomet conformarse con ella, sin omitir ninguna parte del ceremonial. Luego que fué elegido el patriarca, pasó al salon del palacio imperial que se habia preparado con una magnificencia extraordinaria, y fué presentado al gran señor que estaba sentado en un estrado cubierto con un tapiz de púrpura, y le puso en la mano un báculo pastoral de oro, guarnecido de perlas y piedras preciosas, diciendo: «La Santa Trinidad que me ha dado el imperio, te hace patriarca de la nueva Roma.» No contento con esto, le acompañó, por mas resistencia que hizo el patriarca, hasta la entrada del palacio, donde habiéndole hecho montar en un caballo de su propia caballeriza ricamente enjaezado, mandó á sus bajaes y á los principales empleados que le acompañasen á pie, como lo hicieron, atravesando toda la ciudad hasta la iglesia de los doce Apóstoles que era la que se le habia señalado en lugar de la de Santa Sofia, la cual habia convertido el sultan en su principal mezquita.

Habiendo solicitado este patriarca y obtenido algun tiempo despues el permiso para establecerse en la iglesia de la Madre de Dios, llamada Pammacarista, en cuya posesion continuaron sus sucesores, pasó Mahomet á visitarle; y ya fuese por curiosi-

dad, ó por uno de aquellos impulsos buenos que experimentan tal vez los mayores impíos, le pidió que le explicase con entera confianza los principales artículos de la Religion cristiana: lo que hizo con tanta energía y con unos afectos tan tiernos aquel digno sucesor de los Apóstoles, y uno de los hombres mas sábios de la Grecia, que parecia haber hecho alguna impresion en Mahomet, el cual trató desde entonces con mucha mayor dulzura á los cristianos; y aun quiso que el patriarca le pusiese por escrito lo que habia dicho en aquella conversacion, de donde tuvo origen la obra de Jorge Scolario ó Genadio acerca de la Trinidad y de la Encarnacion. Si en los primeros capitulos no espresa con bastante exactitud la distincion de las divinas Personas, consiste esto en que se proponia atraer por grados al mahometano al conocimiento de la verdad, sin darle pretexto para creer, segun la preocupacion de los musulmanes, que los cristianos adoraban tres dioses. Tenemos otras muchas obras de este ilustre patriarca, principalmente contra la obstinacion y los varios errores de los griegos, cuyas desgracias atribuye á la terquedad con que se habian empeñado en sostener el cisma. Nada omitió por espacio de cinco años para reducirlos á la obediencia de la Iglesia católica; pero viendo que eran inútiles todos sus esfuerzos, renunció el gobierno de su indócil rebaño, y se retiró á un monasterio de Macedonia, donde acabó santamente sus dias.

La desgracia de los griegos, causada por el odio con que miraban á la Iglesia latina, proporcionó á los latinos ventajas inestimables. No contaremos entre estas preciosas adquisiciones el santo Sudario, que dicen fué trasladado entonces desde Constantinopla á Saboya, y luego á Turin: cuyo suceso está sujeto á tantas dificultades, para que, contra el método que nos

hemos propuesto y aun contra la naturaleza de la historia, fuéramos á entrar en una discusion que no interesa á la fé ni á las costumbres; pero lo que no admite duda es, que las ciencias y las artes refluyeron desde la nueva Roma á la antigua y se estendieron por todo el Occidente. Muchos caballeros y griegos instruidos, juntamente con algunos mercaderes extranjeros, lograron durante la confusion del asalto embarcarse en cinco navios, y se pusieron en salvo, arribando á la Morea. Ofreciéndose el Papa á indemnizarlos, en cuanto fuese posible, de la pérdida de su patria, llegaron á Italia Manuel Crisoloras, Juan Láscaris, Jorge de Trebisonda, Hemónimo de Esparta, Gregorio Tifenas, Martulo, Teodosio, Gaza y otros muchos, y desde allí se esparcieron por todos los pueblos de Europa, que habian empezado á aficionarse á las letras en las expediciones ultramarinas. Movidos de la pasion dominante y tal vez excesiva con que se habian entregado á las ciencias, pues

á ella se atribuye la afeminacion ó la indolencia que fué causa de la pérdida de su capital, llevaron consigo como el tesoro mas precioso una porcion de volúmenes griegos, tanto sagrados como profanos, y en particular todas las obras de San Juan Crisóstomo, de San Basilio el Grande, y de San Gregorio Nacianceno, de las cuales no tenian hasta entonces los occidentales una coleccion completa. Se tradujeron todas al latin; hubo muchas personas que quisieron conocer las bellezas de los originales; se hizo de moda la lengua griega en las naciones mas opulentas de Occidente, y la enseñaron en la universidad de París Hemónimo, Tifenas y el mismo Láscaris, no obstante su augusta prosapia. Esta fué la verdadera causa de la regeneracion de las letras en Europa, preparada de antemano con las cruzadas y las expediciones de Levante; de suerte, que la ruina de la Iglesia griega produjo el esplendor de la Iglesia latina.

LIBRO QUINGUAGÉSIMO-CUARTO.

Desde la ruina del imperio de Oriente en el año 1453, hasta el Pontificado de Sixto IV en el de 1471.

La toma de Constantinopla por los turcos, fué para toda la cristiandad uno de los golpes mas terribles que pueden imaginarse y que llenan de estupor, de sobresalto y desaliento. Comprendióse desde luego que róto este dique iba á verse inundada la Europa por un diluvio de bárbaros asiáticos,

y por lo mismo era grandísima la pesadumbre, ó por mejor decir, la desesperacion que causaba el no haberle contenido al otro lado del Bósforo. Eneas Silvio, que fué el orador de su siglo, el órgano de los Papas y emperadores, y el alma de todas las empresas grandes, empleó su elocuencia y toda su

destreza y política en instar á los príncipes, cuando todavía podía curarse el mal por estar aun reciente, á remediar lo que no habian evitado. Interesó á cada nacion por el lado que podia hacerla mas fuerza, ensalzando la nobleza alemana, la magnanimidad francesa, la prudencia italiana, el valor invencible de los españoles, la audacia é intrepidez de los ingleses. A los bohemios, polacos y húngaros les pintó con viveza la proximidad del enemigo y los peligros que les amenazaban. Manifestó á todos su superioridad, aun en cuanto al número, cualquiera que fuese el de los infieles, la incomparable ventaja que les llevaban en la disciplina y en el valor, y sobre todo la proteccion que debian prometerse del Dios de los ejércitos en una empresa cuyo único objeto era la fé y la caridad cristiana; y solo les pedia la union, con un poco de perseverancia, asegurándoles que triunfarian de los turcos, de los sarracenos y de todos los enemigos de la Religion (1).

Representó en particular al Papa Nicolao el perjuicio que causaria á su buena fama la calamidad de la Grecia si no trataba de remediarla cuanto antes (2); dijo que cuando llegasen á su tiempo los historiadores de los Sumos Pontífices, no pasarían en silencio una revolucion tan famosa y tan deplorable como la conquista y opresion de la ciudad imperial de Constantinopla por los mahometanos; que bastaria este solo rasgo para oscurecer los hechos memorables que le habian ilustrado hasta entonces; que quedarian sepultados en el olvido todos los socorros que habia suministrado al imperio vacilante; que solo se conservaria la memoria de que habia sido destruido durante su Pontificado; y que por último, como los juicios ó la injusticia de los hombres suelen no tener mas regla

(1) *Epist.* 153.(2) *Id.* 163.

que el buen ó mal éxito de los sucesos, lo que era solamente una desgracia, se castigaria como un delito con la pérdida de la reputacion mas acreditada.

Dionisio Cartujo escribió tambien desde lo interior de la Bélgica, su patria, al Papa, á los principales prelados, á los príncipes y á los grandes, que la pérdida de Constantinopla era un castigo de sus pecados y de los de sus pueblos, y que debian dedicarse sin tardanza á reformar sus costumbres y á vengar á la Iglesia de la injuria que acababa de recibir. Gozaba Dionisio de tan grande reputacion de virtud y doctrina, y habia acertado á conciliar de tal modo la una con la otra, que se dudaba cuál era mayor prodigio; esto es, si el que absorto de todo punto en la contemplacion de las cosas eternas, hubiese podido escribir algo, ó que habiendo escrito tanto hubiese podido dedicarse jamás á la contemplacion. Era mirado como un Santo que tenia revelaciones y el don de profecía, y se refieren de él muchos milagros antes y despues de su muerte. Aun antes de publicar aquella porcion de escritos que son casi innumerables, cayó una de sus obras en manos de Eugenio IV, y esclamó enagenado este Pontífice: «triunfe eternamente nuestra Madre la Santa Iglesia por tener semejante hijo.» Sin embargo, no se explica este autor con la debida exactitud en su tratado de las Postrimerías ó novisimos del hombre, al hablar del estado de las almas en el purgatorio; pero no se habian suscitado todavía hereges que hiciesen tan necesaria la circunspeccion en esta materia como lo ha sido despues.

Las exhortaciones de este santo religioso y las del sábio obispo de Sena, Piccolomini ó Eneas Silvio, movieron fuertemente al Papa, y por su medio á varios príncipes, especialmente en Alemania, donde se celebraron dos dietas con este motivo, una en Ratisbona y otra en Francfort (1454). A

ambas asistió el obispo de Sena y peroró en ellas con singular elocuencia. San Juan Capistrano, á quien miraban todos los pueblos como á un profeta, se halló tambien en la de Francfort. Pero el coloso del poder germánico era entonces como un cuerpo sin alma. Podemos juzgar de su gefe Federico III, con respecto á estos grandes asuntos, por uno de aquellos pequeños rasgos que descubren y caracterizan á las personas mas considerables. Sosteniendo el duque de Borgoña su reputacion de bondad, de grandeza del alma y de piedad, habia hecho voto de ir á pelear en persona contra los infieles, á pesar de su avanzada edad; y siendo uno de los primeros que concurrieron á la dieta de Ratisbona, quiso avistarse con Federico al regresar á su pais. Temiendo este sórdido emperador la visita de un príncipe naturalmente grande y magnífico, llegó su avaricia al extremo de hacerle rehusar la conferencia que se le propuso, y movido de su fátua timidez fingió que habia enfermado de repente. En las demas naciones, el interés propio, las hostilidades recíprocas, las divisiones intestinas y mas que todo la escesiva aversion á las cruzadas, estas y otras muchas causas mantuvieron á los pueblos en una inaccion absoluta, ó no les permitieron hacer mas que medianos é inútiles esfuerzos.

Estaba conmovida una parte del Norte por culpa de aquellos que por razon de su estado debian atender á la defensa de la Religion. Los habitantes de Prusia, despues de haberse quejado largo tiempo, sin ningun fruto, de las exacciones y tiranías de los caballeros teutónicos, sacudieron un yugo que cada dia se les hacia mas pesado y trataron de ponerse bajo la dominacion del rey de Polonia. En vano les mandó Nicolao V, pena de excomunion, que volviesen á su primera obediencia. El emperador, el cual tomó al principio el tono de apóstol que

tanto desdecia en su boca, y despues condenó á unos pueblos que estaban ya irritados, á pagar una multa de seis mil florines, escitó en tales términos su indignacion, que tomaron todos las armas contra los caballeros, mataron á muchos de ellos, demolieron sus castillos y se apoderaron de cincuenta y cinco ciudades ó aldeas, estos, de las mejores habitaciones que habia en aquel pais pobre. No obstante, conociendo la imposibilidad de sostenerse contra el poder del Papa y del emperador, fueron á ofrecerse al rey de Polonia con el resto de la Prusia, la Pomerania, Culm y generalmente todo lo que poseía el orden teutónico. Previendo el rey y el Senado de Polonia las consecuencias que podia tener este asunto, y no atreviéndose á tomar ninguna resolucion, levantaron la voz los prusianos, y dijeron que ellos encontrarían un príncipe menos desdeñoso, y que Ladislao, rey de Bohemia y de Hungría, los recibiría con los brazos abiertos. No considerando ya entonces los polacos mas que la ventaja de aumentar tan considerablemente su poder, se aprovecharon de la ocasion favorable que se les presentaba. Entró en Prusia el rey Casimiro, recibió de los pueblos el juramento de fidelidad, y disminuyó inmediatamente las cargas de que se quejaban.

A pesar de estas dificultades particulares, y de la frialdad general de los occidentales en orden á las guerras de Religion, todavía se habrian puesto en el mar unas fuerzas formidables si hubiese habido navios para trasportarlas. Siempre pronto el duque de Borgoña á sacrificarse por la causa de Dios, habia enviado al Papa cuatro galeras luego que recibió la primera noticia de la toma de Constantinopla. Portugal, donde empezaba entonces á promoverse la marina, destinó á Italia una escuadra mas considerable, pero muy inferior á la que se necesitaba. Solamente podían desempeñar este

objeto los italianos, y especialmente los venecianos y genoveses, que habiendo aprendido la náutica en las correrías y guerras de Levante, tenían mayor instrucción en esta parte que las demás naciones. Pero después de la pérdida de Constantinopla habían enviado los venecianos á Bartolomé Marcelo, para pedir á Mahomet los súbditos de la república que habían quedado prisioneros y los bienes de que se les había despojado durante la guerra: lo que concedió generosamente el sultán no menos sagaz político que formidable guerrero, y en consecuencia renovó Marcelo la paz con el turco. Aun había menos que esperar de los genoveses, viles tributarios de los mahometanos desde la vergonzosa entrega de Gálata, y muy ocupados por otra parte en su guerra con el rey de Aragón.

Afligido el Papa Nicolao con estos tristes acontecimientos, y molesto de la gota que padecía desde su elevación al Pontificado, cayó de repente en un estado de debilidad que en pocos días le llevó al sepulcro, á 24 de marzo de 1455. Las tropas que había reunido contra los infieles, parecían una comitiva destinada á honrar su funeral, y desapareció con su muerte todo proyecto serio de reunión. Nicolao V había ocupado ocho años la Santa Sede y hubiera sido feliz si hubiese vivido dos años menos, pues hasta esta época fué brillante su pontificado, por la paz que restableció en Italia, por los soberbios edificios con que hermoseó la ciudad de Roma, por los ornamentos con que enriqueció las iglesias de ella, por la preciosa biblioteca que formó en aquella capital, y por la protección que dispensó á todas las ciencias. Como era amante de las artes y muy sábio, atrajo cuantos hombres doctos pudo con sus caricias y beneficios. Recogió en las ruinas de Grecia todos los libros buenos y manuscritos preciosos de que le dieron noticia, y los hizo traducir al

latín, siendo tan grande su celo y su liberalidad en este punto, que prometió cinco mil ducados á cualquiera que le presentase el Evangelio de San Mateo en hebreo. A todas estas cualidades brillantes añadía una piedad tierna y sólida, una caridad que solo pudo evitar la nota de profusión á causa de su esquisito discernimiento, y en fin, un desinterés en que nunca halló cosa que censurar la crítica mas mordáz (1).

Por este mismo tiempo murió Alfonso Tostado, cuyo mérito le igualó con las personas mas distinguidas y le elevó al obispado de Avila en España, su patria (2). Su ingenio vivo y penetrante, su juicio sólido y su memoria prodigiosa, formaron de él un hombre universal, en una edad en que apenas empiezan los demás á manifestar algun talento. Poseyó todas las ciencias, y fué tan profundo en cada una de ellas, como si no hubiese estudiado otra cosa en toda su vida. A los veintidos años se le miraba ya como uno de los maestros mas hábiles en la filosofía, teología y jurisprudencia. El griego y el hebreo le eran tan familiares como su lengua materna. A los cuarenta años, en cuya edad murió este doctor, gloria de la universidad de Salamanca y maravilla de su siglo, dejó una multitud de obras, que á pesar de no estar todas reunidas, ocupan trece tomos en folio y hacen muy sensible la falta de las que se han perdido; prodigio tanto mas incomprendible, si se considera que además de los ejercicios de piedad, los cuales no le ocuparon menos que las letras, asistió al concilio de Basilea, y tomó mucha parte en los asuntos mas principales del Estado y de la Iglesia. Sus obras mas considerables son los comentarios sobre casi todos los libros de la Sagra-

(1) Platin. *ad lib. ad Ciaccon.*

(2) *Praef. oper. Tost. per Rainer.*; Belarmin. *de Script. Eccles.*

da Escritura. En ellos se encuentra claridad, exactitud, nobleza, una penetración y fecundidad prodigiosa, descubrimientos profundos, aun en los pasajes que parecen mas áridos, y lo mejor que se halla en los libros de los rabinos, con una refutación triunfante de sus supersticiones y delirios. Su erudición, su discernimiento y sublimidad resplandecen particularmente en los escritos que publicó sobre los Evangelios. Entre todos los tratados que compuso, son los mas dignos de notarse sus principios contra los clérigos concubinarios y las reglas del mejor modo de gobernar los pueblos (a).

(a) Don Alfonso de Madrigal, conocido por el nombre de el *Abulense* y mas todavía por el de el *Tostado*, es citado proverbialmente en España como tipo de prodigiosa fecundidad; y así de uno que escribe mucho suele decirse *escribe mas que el Tostado*. En sentir de Marianna, solo faltó al Tostado la elegancia del estilo para poderse comparar con los antiguos Padres. Antes de ser promovido al obispado de Avila, sostuvo en Sena de Toscana, unas proposiciones que metieron mucho ruido; allí se granjeó el aprecio y amistad de Eugenio IV.—Además del Tostado y de los cardenales Torquemada y Carvajal, de quienes hablamos en el libro anterior, florecieron en este mismo tiempo en nuestra España otros muchos varones esclarecidos en santidad, dignidades y sabiduría. Dejando á un lado los célebres poetas, el llamado marqués de Villena D. Enrique de Aragón, el marqués de Santillana, D. Íñigo Lopez de Mendoza, el cordobés Juan de Mena, el caballero Jorge Manrique, el historiador Fernán Pérez de Guzmán, señor de Batres etc., merecen especial mención Rodrigo Sanchez de Arévalo, que fué sucesivamente obispo de Oviedo, Zamora, Calahorra y Palencia, y elevado después por Paulo II á la dignidad de castellan perpetuo de Sant-Ángelo; escribió mucho, aunque no siempre con solidez y buena crítica, siendo una de sus principales obras la *Historia de los Reyes de España*, escrita por orden de Enrique IV; Alfonso de Cartagena, obispo de Burgos, á quien Eugenio IV honró entre los primeros hombres de su tiempo y Pio II llamó *alegría de las Españas* y honor de los prelados; su hermano don Gonzalo de Santa Maria, obispo de Astorga, de Plasencia y de Sigüenza; el padre de ambos, llamado R. Schemoh Halevi, y que convertido del judaismo tomó el nombre de *Pablo de Santa Maria*, y tambien de *Cartagena*, y que por haber sido elevado á la silla episcopal de Burgos, en la que le sucedió su ya citado segundo hijo Alfonso, es llamado el *Burgense*, y escribió el célebre *Scrutinium Scripturarum* contra los judíos: Fr. Alonso de Espina, autor del *Fortalitium fidei*; Fernando de Córdoba, llamado Subdiácono de la Sede apostólica, cuyo ingenio y doctrina fué la admiración de las universidades mas famosas de Europa, como atestiguan Trithemio, Ezobio, y se lee en su sepulcro

Concluidas las exequias del Papa Nicolao, entraron en cónclave los quince cardenales que había en Roma, y la mayor parte de ellos estaban resueltos á elegir á Besarion, como el mas á propósito para el gobierno de la Iglesia en las circunstancias en que esta se hallaba. Parecía ya que se iba á proceder al escrutinio por pura ceremonia, cuando Alano de Coetivi, cardenal obispo de Aviñon, dijo con mucha firmeza, que no consentiría jamás en que se eligiese por Cabeza de la Iglesia romana á un griego, por ser una especie de neófito, cuya fé no era quizá la mas segura: lo cual seria un oprobio para todos los latinos, pues se creería que no había podido hallarse entre ellos un sugeto capaz. Pretende un autor contemporáneo (1), que esta facción de mala fé conocía y apreciaba mucho á Besarion, y por lo mismo no quería elegir un gefe cuya regularidad y modestia hubieran sido una acusación continua de la conducta de los que entraban en ella. Casi en el mismo instante quedó elegido el que menos se pensaba, como sucede con frecuencia en semejantes ocasiones, esto es, Alfonso de Borja, cardenal del título de los cuatro Santos Coronados, que era el único que pronosticaba su fortuna. Desde que murió el Papa Nicolao, decía Alfonso á todos sus amigos que él había de ser Papa; pero no le daban oídos á causa de sus muchos años, y porque le creían tan débil de espíritu como de cuerpo. Segun aseguró él mismo, le había predicho en otro tiempo San Vicente Ferrer aquella elevación, y así le canonizó el nuevo Papa; pero teniendo á la vista otras muchas pruebas de santidad como saben todos. Tomó el nombre de Calisto III, y honró la Silla Apostólica con sus virtudes. Siendo obispo y cardenal no había

de los españoles de Roma: *Cunctorum gentium gymnasia stupuerunt*. Quitimos otros varios por la brevedad. (N. del E.)

(1) Platin. *in Paneg. Besarion.*